

Paul Hyland; y *Enhancing teaching effectiveness in the humanities and social sciences* (1997), con Jeanne Booth.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Woolf, Daniel, *The Social Circulation of the Past. English Historical Culture (1500-1730)*, Oxford, Oxford University Press, 2003, 421 pp. ISBN: 0-19-925778-7.

Part I. The past and the present. 1. Consciousness of change. 2. Old and new. Part II. The ancestral past. 3. The cultivation of heredity. 4. The genealogical imagination. Part III. The tangible past. 5. Varieties of antiquarianism. 6. Seeing the past. 7. The archaeological economy. Part IV. The past remembered. 8. Ways of remembering. 9. Popular beliefs about the past. 10. Oral tradition. Conclusión.

Si nos preguntamos: ¿qué tienen en común los árboles genealógicos, la sensación de anacronismo, el gusto por las antigüedades, la idea de la existencia de un pasado remoto, las leyendas y tradiciones populares, las transformaciones que la escritura provoca en las culturas orales o la creencia de una comunidad nacional en una historia común? (algunos de los temas tratados en este libro), seguramente pensaremos que, poca cosa, salvo una vaga relación con el pasado. Sin embargo si, siguiendo al sociólogo A. Appadurai, tenemos en cuenta que “aunque en teoría somos nosotros quienes damos significado a las cosas, desde un punto de vista metodológico las cosas-en-movimiento iluminan su contexto social y humano”; entonces se entiende mejor el objetivo de un libro que pretende estudiar precisamente la “circulación social” del pasado.¹

En *The Social Circulation of the Past. English Historical Culture (1500-1730)* Daniel Woolf sigue la pista al discurso sobre el pasado en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII. En realidad Woolf no utiliza el término discurso, de origen francés, sino el de “cultura histórica”. Un concepto más acorde con la tradición de la historia social inglesa, más vinculada a la antropología social que a la lingüística. El propio Woolf retrotrae su interés por la cultura histórica británica a una conferencia de 1983 del historiador K. Thomas, discípulo del antropólogo Evans Pritchard. Desde entonces Woolf ha investigado la idea de la historia en el periodo de los Estuardo, las distintas formas de interés por el pasado (historia política, anticuarios, genealogías, folklore) y sus transmisores sociales (historiadores, anticuarios, bardos, mujeres). Recientemente ha publicado un trabajo sobre la recepción

¹ Arjun APPADURAI (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 5.

de los libros de historia y su audiencia, fruto de la misma investigación que el libro que nos ocupa.

En esta ocasión, Woolf pretende ir más allá de la visión tradicional de la vida y obra de personajes como Clarendon, Camden, Selden, Lhwyd o Aubrey para adentrarse en su mundo circundante. Un mundo que también ayuda a explicar tanto el interés de los eruditos de segunda fila como el de la gente común por el pasado, así como la presencia recurrente de la historia en la sociedad inglesa hasta nuestros días. Para ello ha manejado gran cantidad de fuentes primarias (monografías, cartas, archivos de asociaciones de anticuarios, epitafios, numismática, heráldica, imágenes, relatos de viaje) y una bibliografía, muy actualizada, sobre historia de la historiografía, historia social, sociología, antropología, psicología y filosofía.

El libro se divide en cuatro secciones: “el pasado y el presente”, “el pasado ancestral”, “el pasado tangible” y “el pasado recordado”. En la primera parte Woolf plantea el marco general de la investigación y la idea de Renacimiento, discute la noción de anacronismo y el desarrollo económico que generó ciertas estrategias de distinción social relacionadas con el uso del pasado. También rastrea los conocidos debates sobre el ascenso y decadencia de los pueblos, la resistencia a la innovación y la querrela entre Antiguos y Modernos. En la segunda parte se ocupa del interés social por la genealogía, el pedigrí y los ancestros. En la tercera, estudia la tradición anticuaria (las *antiquitates*). Analizando los tipos de labor anticuaria, su actitud hacia las imágenes (en contraste con los argumentos iconoclastas de la Reforma) y hacia los objetos materiales (monedas, armas, tesoros y enterramientos). En la última parte, tal vez la más autónoma de las cuatro, analiza la interacción entre “escrituralidad” y “oralidad”, los conceptos de memoria colectiva y memoria social, y las creencias populares acerca de edificios, yacimientos arqueológicos, invasores extranjeros, gigantes, la historia “oficial” y la resistencia a la autoridad.

Frente a un planteamiento de fondo sistemático, Woolf advierte que su “cultura histórica” cuenta a su vez con su propia historia. En concordancia con la perspectiva antropológico-sociológica, esa historia coincide con la idea de modernidad, la teoría de la historia implícita en las concepciones sociológicas clásicas. El momento álgido de la transformación se produciría hacia mediados del siglo XVII. De un lado estarían el aumento del material escrito (archivos, bibliotecas, libros, almanaques, prensa etc.), el desarrollo de las ciencias naturales y un crecimiento económico más o menos estable, con sus consiguientes capacidad para prever el futuro y estratificación social. Y por otro lado, las consecuencias culturales de esos procesos serían: el aumento de la sensación de anacronismo, la creciente autoridad del testimonio escrito, la idea de progreso, el surgimiento de memorias colectivas diferenciadas según la clase social (con una incipiente conciencia nacional en

las clases superiores) y el cambio de paradigma en la historia, que pasaría de la retórica a la ciencia.

Woolf se da cuenta de que la perspectiva inductiva de la sociología clásica no puede corroborarse punto por punto con la práctica empírica y deductiva del historiador. Cada vez que insiste en la validez del argumento de la modernización, lo hace reiterando que sus conclusiones están abiertas a las excepciones y que sus coordenadas cronológicas son sólo orientadoras. Con todo, en algunos pasajes, su afición por encajar la realidad histórica en el molde de la teoría de la modernización termina por simplificar excesivamente su argumentación. El lector puede llegar a tener la sensación de que fue un mismo proceso el que llevó a la victoria de los Modernos frente a los Antiguos y de la nobleza de espíritu sobre la de sangre, al paso del culto a las reliquias antes de la Reforma a la colección de antigüedades después, al desprestigio de las fuentes orales frente a las escritas, al tratamiento de temas “elevados” en la historiografía (*gravitas*) o a la transición de una historiografía basada en la ejemplaridad a otra entendida como génesis del presente.

El problema de fondo estriba en que por mucho que uno se esfuerce en recoger todas las excepciones a la regla, la teoría de la modernización y la historia de los siglos XVI y XVII pertenecen a categorías diferentes. La primera es una construcción teórica a priori y la segunda una serie de acontecimientos, sucesos e ideas, con causas y consecuencias múltiples. El que una serie de hechos coincidan en un mismo espacio temporal es un factor a tener en cuenta pero no una (ni “la”) causa que los explica. En el caso de Woolf, la contradicción se presenta a la hora de distinguir el Renacimiento del Romanticismo. Sus criterios definitorios son los mismos en ambos casos sólo que “acentuados” en el segundo. Si Woolf hubiera tratado de distinguir entre Renacimiento o Romanticismo y modernidad, hubiera topado con el mismo problema. Por momentos, al presentar la modernización como el motor y no el resultado del acontecer histórico, Woolf juzga la historia del XVI y XVII según los criterios que definían el presente, no durante esos siglos, sino en la época en que se elaboraron las teorías sociológicas clásicas.

A nivel formal, la distinción entre los niveles teórico-inductivo y empírico-deductivo se refleja en los contenidos de las introducciones y conclusiones de cada capítulo, teóricas, y el cuerpo de los mismos, empírico. (Esto puede ser de gran utilidad para quien no desee leer el libro completo). En cada capítulo, Woolf plantea un estado de la cuestión y a continuación demuestra como éste se refleja en sus fuentes. Afirma que la cantidad de temas a tratar y lo necesariamente limitado del espacio dedicado a cada una impiden el desarrollo de cada problema. Pero si de verdad hubiera intentado responder a todas las cuestiones planteadas (en lugar de esbozarlas en un gran cuadro general), la búsqueda le hubiera llevado en direcciones tan

divergentes, que el resultado hubiera sido menos sistemático, más fragmentario y posiblemente inabarcable. El hecho de que la investigación haya culminado en dos libros en vez de uno, que es lo que Woolf había previsto en principio, es un buen reflejo de este problema inherente a la metodología elegida.

En resumen. Desde una perspectiva original, Woolf ha estudiado temas de interés interdisciplinar como la formación de la conciencia nacional (británica), la exotización del “otro” (cultura popular), la prehistoria de las ciencias modernas y la relación entre lo oral, lo visual y lo escrito (en los siglos XVI y XVII). Más de veinte años después de escuchar a K. Thomas, buscando puntos de unión con las ciencias sociales, Woolf ha logrado emancipar la historia de la historiografía del patronazgo de la historia de las ideas. Por el camino ha descubierto muchas puertas que ahora esperan a ser cruzadas por quien quiera escucharle a él.

Doctor por la universidad de Oxford, Daniel R. Woolf (n. 1958) es profesor de historia moderna e historia de la historiografía en la universidad de Alberta (Canada). Es autor de *Reading History in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000 y *The Idea of History in Early Stuart England: Erudition, Ideology and the “Light of Truth” from the Accession of James I to the Civil War*, Toronto, University of Toronto Press, 1990; así como de artículos sobre la “cultura histórica” en la Inglaterra de la Edad Moderna. Recientemente ha editado *A Global Encyclopedia of Historical Writing*, New York, Garland, 1998 y, en colaboración con Adam Fox, *The Spoken Word: Oral Culture in Britain, 1500-1850*, Manchester, Manchester University Press, 2002.

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

Popkin, Jeremy D., *History, Historians & Autobiography*, Chicago, The University of Chicago Press, 2005, 339 pp. ISBN: 0226675432.

Acknowledgments. Introduction. 1. History and autobiography. 2. Narrative theory, history, and autobiography. 3. Historians as autobiographers. 4. Two classic historians' autobiographies: Edward Gibbon and Henry Adams. 5. Choosing history: the issue of vocation in historians' autobiographies. 6. Speaking of careers: historians on their professional work. 7. Historians' autobiographies and historical experience. 8. Holocaust memories, historians' memoirs. 9. Historians and the redefinition of personal narrative. Conclusion. Notes. Bibliography. Index.

Las autobiografías de historiadores han proliferado en estos últimos años de manera sustancial. Este fenómeno intelectual tiene sus orígenes a finales de los años setenta. Los historiadores empezaron a contar sus vidas desde aquellos años, favorecidos por un momento epistemológico en el que se empezaban a primar las historias singulares sobre las colectivas y la primera persona del singular era legimitada como sujeto histórico. Existían, ciertamente, algunos precedentes. Los más conocidos eran las memorias del

[MyC, 8, 2005, 259-336]